

PRELUDIO

Las leyendas de la Montaña nunca son como las de la Llanura. Porque la montaña es la antítesis del llano. En las sierras andaluzas, en Galicia, en las montañas de Sanaabria, o en los Pirineos, caminas por uno de sus senderos retorcidos y empinados y no sabes si al girar a la derecha vas a encontrarte con perfiles inéditos, sombras misteriosas o abismos terroríficos. No sabes si al llegar al rasante, el camino te va a cambiar el sol por una cortina de niebla o el bosque por un calvero, o la tierra mansa de arados por un otero de rocas de cinabrio... *Y en ese no saber está el misterio.*

Imagina un tupido bosque en lo alto de las laderas. Las nieblas, en girones de un gris sucio e impenetrable, velan las altas copas y las promiscuas ramas. Allí los casi invisibles troncos derribados. Allí los hongos con sus cucuruchos de colores, como faros que alumbran la distancia. Allí los helechos que tiemblan como azogados con la brisa del Norte y las entalladuras de las rocas, llenas de líquenes, de las que amenazan con salir insectos horribles o plantas desconocidas. Allí los pedruscos sueltos y los riscos que la humedad supo guarnecer de verde.

Allí el camino que se perdió un día, enjorinado de brezos, zarzas y esparragueras. Allí el misterio. Porque... ¿qué es el misterio? Algo cuyo final inexplicable no se reconoce. Algo que se enmaraña según lo piensas y no se revela hasta no apurar la copa de la curiosidad o la del terror. Y sin misterio no hay leyenda. Ese misterio de la montaña que te llama constantemente... Cuando *zarceas* por esos montes y te sale al paso la desdentada boca de un oscuro abismo, que parece descender hacia el centro de la tierra... Cuando una antigua casa sin edad, de pedruscos azotados por el sol, el aire y la lluvia, se te pone por delante tras un retazo de bosque inculto, dejando la pregunta en tu garganta, al entrever su inquietante puerta, que sólo enseña una rendija oscura... Cuando, de repente, un topetazo y un aullido de sabe Dios qué avechicho, suena cerca de ti, dándote un susto de muerte... Cuando un viejo pozo de minas, apenas acotado por cuatro tablas, se cierne a tus pies y parece succionarte hacia la veta estéril que yace treinta metros más abajo... Cuando setas desconocidas, de hermosa textura, te invitan a un callado festín, quién sabe si letal... Cuando escuchas un extraño *jarabasqueo* bajo las hojas caídas del castaño el haya o la chopera y descubres, cerca de ti, que se trata del ominoso serpentear de la culebra...

La llanura, en cambio, es mirada al horizonte infinito, sin sorpresas. Es lontananza que se adivina desde ya. Es sucesión de monotonía en el paisaje. Allí el más leve accidente se te revela desde centenares de metros y caminas casi con aburrimiento, tragando millas de hastío donde no puede pasar nada. Donde el misterio es sustituido por lo cotidiano, el susto por el bostezo y el miedo por el desánimo. Ya no tienes curvas traicioneras. Ya no puede haber un fantasma al salvar un *cimbarón*, ni un

lobo de ojos fosforescentes invitándote a la huida. Ni una cascada de agua insólita. Ni un precipicio inesperado por el que a punto estás de despeñarte. Ni unos salteadores sorprendidos que te acechaban para darte la sofocación. Ni un santero con sus brazadas de hierbas mágicas y su conjuro súbito...

Ya no tienes peligro. Ya no tienes capacidad de admiración. Ya no tienes sorpresa y, por consiguiente, has perdido *el mayor conservante de la leyenda*: el misterio de la montaña.

EL TESORO DE CASTILLEJOS

Dentro de las leyendas de tesorillos, tiene paralelismos con otras de la comarca, como la del castillo de Cala, o la de El Calabacino; aunque en estas dos el tesoro es el descubrimiento de una fuente.

Y en esa montaña, entre cerros ubicuos, sembrados como monstruos verdes en la casi inaccesible ladera, vivían en época de moros seis familias que en su tiempo dependieron de la *madina* de Ar-Rassened. Esta *hisn*, o especie de alquería, en el último año del siglo XII, la gobernaba el patriarca Abú Aalsi Osmín y era el postrer reducto musulmán en las montañas de la Cora de Badajoz, que limitaba con las tierras de Al-Munastir y Ar-Rassened, en el valle de un río que, andando el tiempo, sería bautizado por los conquistadores portugueses como Múrtiga, o «tierra de arrayanes».

Los hombres que cultivaban la feraz vaguada, *saqy*, (o tierras de regadío) andaban siempre en continua *francia*, pues el terreno era teatro de las múltiples escaramuzas que libraban los reinos de León, Portugal y Castilla por adueñarse de aquellos parajes.

Cuando el centinela de turno, en lo alto de la montaña, vislumbraba el menor movimiento de tropas, advertía con su bandera carmesí a los campesinos, que recogiendo